

INTRODUCCIÓN

Cuando se observa desde fuera el cuadro político africano actual uno se siente inclinado a pensar que tienen razón los que consideran que culturalmente, y quizás racialmente, la democracia es un producto de lujo que los países pobres son incapaces de adquirir. Por el contrario, desde el interior del imaginario colectivo africano, como consecuencia de la retórica de los políticos, de lo que difunden los medios de comunicación y de las campañas de las cancillerías extranjeras y las organizaciones internacionales, se considera que la democracia constituye el marco político ideal que permitiría ese desarrollo tan añorado por los pueblos del continente africano. La democracia lleva consigo la idea de fe en el progreso como medio de acabar con las injusticias. Con la fe en el progreso también se incluye la fe en el libre mercado y en las prácticas financieras globales que gobiernan el mundo económico actual.

De momento es muy difícil decir que en África se ha llegado a adoptar la democracia. Lo que más se aprecian son los fracasos o, en los mejores casos, intentos que desconciertan. El panorama de las injusticias no hace más que ampliarse. Los análisis de los “expertos” en África han identificado la causa de tantos problemas en la cuestión étnica, que se constituye así en el obstáculo principal para la implantación de la democracia. También, y con razón, se mencionan los regímenes autoritarios que tomaron las riendas del poder inmediatamente después de las independencias. Algunos de ellos, como el presidente gabonés, siguen en el poder.

Junto al problema étnico y las dictaduras, algunos añaden el drama más grande: el de la ignorancia.

Obviamente, la validez de estos análisis depende mucho del punto de vista del experto y de su método de interpretación. Por tanto, no sería del todo objetivo cuestionar esos resultados. Sin embargo, hay otras muchas preguntas acerca de la causa de tantas injusticias que se observan en ese gran continente. Además, al plantearlas correctamente es posible encontrar que no solamente son causas de los males de África, sino también de otras partes del mundo, porque el problema de las injusticias pone de manifiesto, automáticamente, el de la justicia, su contexto y su contenido propios. Los millones de dólares que los Estados ricos y los organismos filantrópicos derrochan en programas de desarrollo no parecen estar acabando con las injusticias. El mundo es más rico tanto en recursos materiales como en conocimientos, pero a la vez estamos delante de un escándalo descorazonador: el del hambre y las guerras, que nos lleva a pensar que hay una disfunción en algún nivel crucial de la estructura social.

De ordinario se apunta inmediatamente a las disfunciones estructurales, pues los modelos de crecimiento que se proponen se muestran incapaces de garantizar el desarrollo integral de las personas, tanto en la actualidad como en el futuro. ¿Cuál es, entonces, la verdadera causa de tantos desequilibrios? En la disfunción de los programas se evidencia el problema de la corrupción. ¿Pero es la corrupción la única causa que falta por añadir a las ya mencionadas? Aunque aceptemos que es otra causa, persiste todavía otra pregunta. Puesto que el conocimiento forma parte esencial del desarrollo, ¿por qué las personas mejor formadas se encuentran más cerca de la corrupción, o incluso se ven implicadas directamente en ella? ¿Por qué la corrupción empieza siempre en los niveles más altos hasta alcanzar los más bajos en la sociedad, de tal modo que resulta imposible el establecimiento de un orden honesto? ¿Es posible pensar en un orden social sin corrupción?

El problema que nos interesa aquí se sitúa en el ámbito del gobierno político como compromiso de servir a la causa de la paz y el desarrollo de las personas y los pueblos. Esta clarificación permite plantear la cuestión comprensivamente del modo siguiente: ¿es la corrupción un mecanismo necesario a la política? Puesto que se trata de un fenómeno propio del ámbito de las actuaciones y comportamientos personales, en este trabajo se ha escogido la tesis de que la solución a ese problema tan grave, en el orden

INTRODUCCIÓN

público, debe ser la búsqueda del fundamento ético de la política, como arte de servir mediante el gobierno.

En efecto, es la naturaleza del gobierno político como servicio a la paz y al desarrollo de las personas y de los pueblos, lo que pone de manifiesto las deficiencias de las medidas tomadas en este campo. La corrupción que se observa parece tener su causa en la falta de una visión ética que guíe a los gobiernos y a las personas que los componen. Para definir el bien común correctamente y medir de manera objetiva las exigencias morales que se necesitan para estructurar instituciones justas, no sólo hace falta una visión ética, sino también una vida ética. Sin ellas, la política y el derecho no son capaces de proporcionar un orden social justo; tampoco lo han logrado los avances tecnológicos, aunque hay que reconocer los méritos que les corresponden. Los conocimientos que rigen el gobierno político no parecen tener suficientes criterios para determinar con acierto la causa del mal en sus distintas manifestaciones, particularmente en lo que respecta a las injusticias sociales. Considerado desde este punto de vista, se pudo formular con más precisión el tema de esta investigación, que consistía en preguntarse si era posible, sin caer en la utopía, volver a plantear la necesidad de un fundamento ético para la política.

Puesto que ésta era una pregunta de orden general, se vio conveniente partir de las reflexiones de algún autor que hubiera planteado la cuestión en esos términos. Una investigación anterior había dejado entrever la originalidad de las ideas políticas de Charles Péguy, en las que establece la relación que hay entre ética y política. El ámbito bastante limitado de aquel primer trabajo sugería la necesidad de sacar a la luz el tratamiento que da a este tema en su obra y explorarlo con más profundidad.

Aunque se recogen de modo sublime en su poesía, las ideas políticas de Charles Péguy están más extensamente detalladas en sus obras en prosa, que son menos conocidas por las escasas traducciones disponibles. El *Centre Charles Péguy*, en su ciudad natal de Orleans, en Francia, custodia primorosamente todas sus obras y todos los trabajos realizados sobre él. Acudir a esa sede privilegiada nos ha permitido consultar toda la bibliografía necesaria para fundamentar el trabajo.

Su obra, sin embargo, es de interés no solamente por su preocupación de buscar el fundamento ético de la política, sino también porque se trata de un autor cuya amplia visión acerca del trabajo científico y de la acción se presta al carácter interdisciplinar tan propio de las líneas de investigación del Instituto Empresa y Humanismo.

El trabajo se estructura en tres capítulos. El primero está dedicado a la personalidad y el pensamiento de Charles Péguy, un modo de adentrarse en él y de presentarlo breve y comprensivamente. Se trata de un capítulo más extenso que los siguientes, justamente por el esfuerzo de acomodar los elementos que responden al objetivo del trabajo. Se ofrece un breve panorama del conocimiento acerca de Péguy a través de los estudios que existen sobre él. Asimismo, en una nota biográfica se presenta su personalidad, su instrumento de trabajo –los *Cahiers de la Quinzaine*, una revista quincenal en la que publicó sus escritos junto con los de otros colaboradores–, así como el contexto histórico en el que apareció esa revista, es decir, la Tercera República francesa. Estos tres aspectos permiten entender por qué Péguy escogió los temas específicos que desarrolla en sus trabajos.

En la presentación de su pensamiento se destacan las dimensiones del mal y del mal social, que espolearon su aspiración a pensar el tema clásico de una sociedad ideal. Algunas secciones están dedicadas a pensadores que tuvieron influencia en el modo de pensar de Péguy: Jaurès, Sorel, Pascal y Bergson. El descubrimiento de la fe influyó ciertamente en su pensamiento maduro, y se muestra en qué medida. De su filosofía subrayamos su visión del mundo, mencionando de paso algunas de sus críticas más interesantes, a saber, la del historicismo y del sociologismo por una parte, y por otra, la del mundo moderno. El capítulo se cierra con el lugar, el papel y el significado de la poesía en el pensamiento de Péguy.

El segundo capítulo trata de la posibilidad de un orden social justo partiendo de una comunidad ideal, una de las preocupaciones centrales de Péguy desde sus obras juveniles. Luego se muestran algunas cuestiones de la actualidad política (entre 1894 y 1914) que contribuyeron a la formación del pensamiento de Péguy. Se expone brevemente el famoso caso *Dreyfus*; las tensiones entre Francia y Alemania por las ambiciones beligerantes de ésta; el movimiento socialista, las distintas etapas de su transformación en partido(s) político(s) y su impacto doctrinal y práctico sobre la vida política.

La reforma con la que soñaba desde su juventud seguía alejándose, pero él la creía posible con la condición de que fuera, primero, una reforma ética, porque sólo ésta podía garantizar una reforma política. Este tema ocupa el tercer capítulo, en el que se han tratado de presentar algunas originalidades conceptuales de Péguy. Sin ser nuevas, porque están presentes en la filosofía clásica, las expone de un modo nuevo e incisivo. Es el caso

INTRODUCCIÓN

del sentido de la revolución o la necesidad de una mística que inspire la política. A partir de estos enunciados se expone el modo en el que Péguy puede, desde su idea de reforma, plantear una crítica severa y acertada de los sistemas vigentes. El capítulo se cierra con la relación entre ética y política, expuesta a partir de la célebre máxima de Péguy: la revolución será moral o no será.

Sin desconocer los avances y beneficios que el desarrollo de la ciencia y de la técnica han proporcionado a la humanidad, Charles Péguy se dio cuenta de que esos ámbitos iban siempre en la misma dirección y con las mismas leyes, aunque de vez en cuando hubiera novedades o variedades. Pero le preocupaba comprobar que esos avances no significaban que los hombres se respetasen mutuamente, ni viviesen en paz.

Las convicciones y las formas de conducta de la democracia moderna y los mecanismos globales de hoy en día tampoco han logrado más paz, ni más desarrollo verdadero. Resulta particularmente animante descubrir que, a veces de modo profético, Péguy advirtió que el problema de fondo era la comprensión de la cuestión del mal, por eso la solución no es de orden tecnológico. Puesto que el mal se entiende mejor a partir de la libre voluntad del hombre, la solución contra el mal tiene mucho que ver con su formación interior. Ahí se sitúa la reforma indispensable para que cualquier otra pueda acontecer. De ahí que Péguy abogue siempre por la búsqueda de la verdad y por la exigencia de vivir conforme a ella, particularmente en relación con la verdad revelada.

Ésta última parte muestra que Péguy fue capaz de un pensamiento audaz en un tiempo en el que se consideraba que la verdad revelada no tenía relevancia en la vida pública. Así pues, fue un verdadero anticlerical en el sentido auténtico de la palabra. En ese y en tantos otros aspectos fue realmente moderno en su tiempo, capaz de volver a conectar con los grandes temas del pensamiento clásico con respeto y creatividad.